

Reflexiones sobre el Cooperativismo en Galicia

POR

JUAN CARMELO GARCÍA

del C. I. D. S. E.

Quienes no me conozcan podrían pedirme, con mucha razón, las credenciales legitimadoras de mi aparente osadía: hablar de Galicia y del cooperativismo gallego sin ser de esa nacionalidad y sin vivir habitualmente en esa tierra.

Sé que para los amigos esta presentación no es necesaria; uno de ellos me ha pedido esta colaboración que es, para mí, un placer responsable poder ofrecer. Pero como la letra impresa cae en manos a veces anónimas, que trascienden el ámbito de la amistad, me siento obligado a declarar al principio los motivos que avalan mi posible competencia para reflexionar sobre el cooperativismo gallego. Y éstos son los siguientes:

— Conozco la realidad socio-económica y socio-cultural de Galicia, no sólo por informes o estudios teóricos, sino por haberla “pateado” durante bastantes años, y haber analizado directamente las relaciones de producción que en ella existen, las causas estructurales de las mismas y las repercusiones que han ejercido históricamente y ejercen hoy sobre el modo de ser y actuar de la comunidad gallega.

— Quiero a Galicia y sus gentes, y esto, desmitizando el posible tópico, hasta el punto de que son muchos los que me consideran gallego. Y me alegra. Dada nuestra riqueza emocional, lo considero muy importante.

— Creo conocer gran parte del cooperativismo gallego, o mejor, de las experiencias que llevan el nombre de Cooperativas en Galicia, y de un modo especial las que se realizan en el medio agrario-rural y las que comienzan a surgir en el sector del consumo. Sé algo de su historia, de sus realizaciones, de sus dificultades y hasta de sus trampas.

— Aunque ideológicamente no soy cooperativista, creo en el cooperativismo en cuanto estratégicamente puede ser un camino de transición hacia socializaciones efectivas que estén basadas en la participación del pueblo que trabaja.

— Creo que el cooperativismo en Galicia, fundamentalmente en el medio agrario-rural, puede llegar a ser —si es auténtico cooperativismo y se ajusta a las demandas planteadas por la realidad, así como a una trayectoria que busque la fidelidad al pueblo— uno de los cauces de salida de la situación de subdesarrollo y dependencia que domina y bloquea riquezas y recursos del país.

— Desde hace varios años vengo trabajando, y pienso seguir haciéndolo, al servicio de las necesidades planteadas por los grupos que, solidariamente, desean encontrar caminos efectivos en la línea de un auto-desarrollo dirigido, gestionado y controlado por los hombres que trabajan. Una de las zonas que han demandado mis servicios ha sido Galicia y, en la medida de mis posibilidades, trataré de seguir respondiendo a las peticiones de esos o parecidos grupos.

No sé si con esto quedarán satisfechas las reticencias provocadas por mi intromisión en el tema. De cualquier forma, no intento más que reflexionar en voz alta sin ningún interés dogmático. A lo sumo, me gustaría provocar un diálogo sincero sobre el problema.

Algunos condicionamientos objetivos de la sociedad gallega

No puede plantearse la necesidad de un tipo de cooperativismo en Galicia, así como tampoco la de cualquiera de las soluciones socio-económicas que pudieran darse a nivel teórico, sin tener en cuenta los condicionamientos objetivos con raíces histórico-estructurales que determinan la situación de la sociedad gallega. Reconozco que son muchos y muy complejos, y con raíces ocultas en los tiempos pasados, dichos condicionantes. Consciente de que los lectores de estas líneas los conocen tan bien, o mejor que yo, no haré más que enumerarlos; algo así como si fuese la premisa mayor de estas reflexiones.

— El más global de los condicionamientos es, sin duda alguna, el que se refiere a las actuales estructuras de dependencia, originadas y consolidadas durante muchas decenas de años, en los niveles de la actividad económica, social, cultural, política y religiosa. Eso que llamaríamos la estructura global de Galicia como una *estructura de subdesarrollo*. El análisis de dicha situación ha de hacerse a través de la comprensión que, atravesando largos periodos, los periodos medios y cortos, se logre de la evolución que han sufrido, siempre en una línea de dependencia, los entramados socio-económicos, las estructuras de encuadramiento institucional, social, jurídico y político, así como las estructuras mentales que, como justificación o como consecuencia, han ido produciéndose durante muchos años. Creo que sería imprescindible descubrir el fondo del porqué la vida socio-económica, la organización social y los comportamientos culturales de lo que hoy llamamos Galicia, han sido determinados por una historia concreta, mucho más que por las características de la raza, de la tierra o del clima.

— Ya es viejo hablar del minifundismo en Galicia, que sería el segundo condicionamiento —uno de los más difíciles de superar—, pero es necesario tener en cuenta que no se trata sólo de un minifundismo de explotaciones, sino también de un minifundismo de capital, de un minifundismo de trabajo, de organización vital minifundista, y de la idiosincrasia y psico-sociología del pueblo gallego, que también se podría tipificar como de minifundio. Sé que algunos argüirán en contra, recordando la pléyade de hombres de Galicia salidos al “exterior” con conciencia amplia y hasta conquistadora. No es este el momento de discutir esta cuestión que implica, a su vez, la infinita serie de hombres del pueblo que han vivido y viven dominados y empequeñecidos en los suburbios europeos, perdidos en la subdesarrollada Latinoamérica, “acostumbrados” a los límites de los barcos de pesca o formando los inevitables “ghetos” en las zonas industriales de nuestro país.

Creo que no será necesario declarar que al señalar este condicionamiento ni se me ocurre echar las culpas a los sufridos minifundistas, sino más bien a cuantos los “fundaron” en la disminución. Lo que es claro es que Galicia se encuentra en su inmensa mayoría empequeñecida, atomizada, mini-fundada y sin posibilidades “ordinarias” para salir de esta situación.

— En la otra cara de la moneda, aparece lo que podríamos describir como oligopolio de los poderosos, también con raíces ancestrales, sobre el campo y su gente; y al referirme al oligopolio no lo circuns-

cribo al mero mercado de bienes, sino a cualquier tipo de compra y venta de productos, bienes, servicios y hombres, legitimado por la organización de la sociedad gallega. Pensemos si no dónde se han situado y localizan los centros de decisión y poder que en el plano étnico-lingüístico, cultural, social, religioso, de producción, de comercialización, de financiación, etc., han regulado la vida de Galicia. Esas minorías influyentes que a veces han sido propuestas como la más alta expresión de la raza gallega, son quienes han detentado el dominio sobre las amplias comunidades humanas que constituían el sufrido pueblo de Galicia. Estos grupos oligárquicos han ido transmitiéndose las herencias de poder, incrementadas con los nuevos dominios que la coyuntura histórica iba proporcionándoles; y, así, hoy no es raro encontrarlos a la cabeza de las redes de comercialización o canalizando las corrientes de financiación e industrialización que se dan sobre Galicia. Sin conocer estos condicionamientos sería imposible explicarse el surgimiento que en estos últimos años han tenido grupos con siglas y nombres poderosos, así como la fiebre que ahora se está despertando por crear Entidades, todas ellas “responsables del desarrollo de Galicia”, y que tan empeñadas están en recoger los ahorros y remesas de “idos” y “quedados”.

— Otro de los constantes condicionamientos es el que podemos describir hablando del influjo de las “fuerzas extrañas” a Galicia sobre las ideas, pautas, comportamientos y actitudes del pueblo y que siempre han ejercido una presión distorsionante en relación con la posible unidad de la nacionalidad gallega. Hoy día estos influjos se potencian a través de los modernos medios de comunicación social, con poder tan decisivo en la desintegración de las comunidades humanas que pueblan el mundo rural.

El cooperativismo como defensa posible

Con la misma ilusión que necesitaron los pioneros de Rochdale, es preciso que surjan en Galicia hombres limpios con capacidad de imaginar, a través de las formas legales cooperativas, el posible camino de asociación y organización de las fuerzas del trabajo unidas frente a los intereses de quienes, de una forma o de otra, dominan sobre el mundo rural o el mundo obrero.

Son muchos y muy fuertes los condicionamientos objetivos que atomizan, individualizan, enpequeñecen y dividen a las gentes del campo o de los barrios, impidiendo un posible camino socializador.

Son muchas las necesidades —y paralelamente a ellas los incentivos meramente económicos— que se presentan a la gente del pueblo como únicos objetivos y soluciones a su vida.

Es excesivo el miedo a perder las pocas cosas que tienen y excesivo el tiempo que llevan sin posibilidad de haber formado asociaciones naturales que respondiesen a sus auténticos centros de interés. Nuestro pueblo se encuentra muy enfermo e incapacitado para creer en sí mismos.

Hemos acostumbrado a nuestras comunidades a depender de los fuertes y a que crean y demanden un paternalismo en la solución de los problemas fundamentales.

De ahí que un cooperativismo verdadero que tuviese la habilidad de

- ir despertando el deseo de unirse como productores o consumidores, los hombres que trabajan, y
- organizarse frente a las fuerzas que les vienen impuestas desde fuera,
- de educarse en la difícil tarea de la participación democrática, podría ser la solución, a plazo medio y largo, para el desarrollo de Galicia.

Los actuales grupos cooperativos adolecen casi todos de esas tres características y quizá sea llegado el momento de, sin despreciar los logros conseguidos, centrarse mucho en buscar los caminos que en unos años enderezasen y llenaran de contenido las agrupaciones hasta ahora formadas.

En forma de pistas, me atrevo a señalar un conjunto de condiciones que se hacen imprescindibles para hablar de un verdadero cooperativismo en nuestra tierra.

— La primera y más importante sería iniciar entre los miembros de las Cooperativas un proceso bien programado de educación socio-económico y socio-cultural. En esta línea se hace imprescindible el que estos grupos cuenten con un instrumental suficiente

- de análisis de la realidad,
- de conocimiento del sistema productivo,
- de los mecanismos empresariales y comercialización, así como
- de las nuevas formas de gestión económica que impone la sociedad en la que estamos viviendo.

Este proceso educativo implica también el descubrimiento de otros posibles sistemas económicos hacia los cuales debería abrirse un cooperativismo organizado.

— Segunda: Al tiempo que se vayan logrando tasas de incremento del nivel de vida y un cierto despegue económico, las Cooperativas necesitan afianzar su organización social como grupos integrados en algo más que el proceso productivo. En este sentido, debería ser preocupación fundamental de los cooperativistas tratar de conseguir en torno de los lugares de vida o de trabajo agrupamientos humanos mayores que las aldeas, donde los servicios sociales necesarios fueran afrontados comunitariamente, en vistas a constituir pueblos organizados de mayores dimensiones, en los que el régimen de administración local estuviera asumido y gestionado por los mismos vecinos. Algo así como villas cooperativas, en las que la mayoría de los servicios estuviesen comunitarizados.

— Tercera: Las dos condiciones anteriores darían como consecuencia un nivel de participación real creciente que superaría la inevitable tendencia individualista-defensiva que hoy caracteriza a nuestro pueblo.

El viejo aforismo “a participar se aprende participando” no puede convertirse en realidad si no somos capaces de crear cauces reales de participación. Y esos cauces no pueden quedar reducidos meramente a la aportación común de ciertos productos o a la pertenencia pasiva a una institución, sino que deben abarcar todos los niveles de la vida económica, social, cívica y política con sus respectivos mecanismos de funcionamiento. Esta condición, esencial en un verdadero cooperativismo, dinamizaría la vida de las comunidades y de las empresas y aceleraría el proceso de desarrollo que podría, en unos años, ser protagonizado en decisión y gestión por ese pueblo que hoy decimos que no está preparado. Suplir fácilmente la participación con la disculpa de la falta de preparación del pueblo es enredar permanentemente la trampa y bloquear la incorporación real y activa a las tareas comunes.

— Cuarta: También considero importante para las Cooperativas de Galicia el que incorporen la preocupación de la regionalidad como aglutinante, más profundo que el meramente económico, de coordinación y defensa común. El cooperativismo *en Galicia* no puede ser igual que el cooperativismo de otras regiones; y empeñarse en mantener una postura aséptica y neutral a lo más que nos conduce es a

crear grupos que pudieran ser protagonistas en las tareas del proceso económico, pero que no formarían comunidad o pueblo. No se trata de que las Cooperativas se conviertan en un sistema general de vida, pero dado que la misma actividad socio-económica está tan condicionada por las peculiaridades del "terreno" y por las estructuras mentales que la apoyan y originan, querer prescindir de lo regional sería prescindir de uno de los factores reales con más posibilidades de activación del proceso. Este punto adquiere gran importancia a la hora de pensar en las Cooperativas de segundo grado o en la Federación de Cooperativas formadas en torno de un sector concreto.

La proyección sobre zonas atrasadas y muy subdesarrolladas de los defectos inherentes a grupos marcados que se mueven, más o menos ideológicamente, en zonas industriales y urbanas, no deja de ser un fenómeno de dominación tan grave como el originado por las relaciones de producción del sistema capitalista. El que las Cooperativas entre sí se dejasen llevar por los enfrentamientos originados por las competencias a sus distintos niveles, es un mal que tan sólo puede beneficiar a aquellos que tienen intereses contrarios a la cooperación.

— Quinta: Intimamente vinculado a las condiciones anteriores, y en cierta forma englobándolas, creo imprescindible señalar que las Cooperativas y los cooperativistas en Galicia necesitan descubrir un marco ideológico que llene de contenido los procesos que están llevando a cabo. Lo cual quiere decir que los miembros de las Cooperativas y las Cooperativas en sí, deben poseer y defender no sólo el espíritu cooperativista, sino la concepción de la sociedad que el cooperativismo lleva implícita. La puesta en vigor de los principios de igualdad y libertad, tan inherentes al cooperativismo, ajustados al momento actual que estamos viviendo, deberían convertirse en un gran testimonio de un modelo de sociedad radicalmente distinto del que nos envuelve. Si en estos momentos el contenido de esos dos grandes valores se encuentra deteriorado, se debe precisamente a que aquéllos que los deberían detentar y proclamar, ni los viven, ni están convencidos de la posibilidad de ellos. Es irónico observar cómo la mayoría de los grupos que se llaman cooperativos están integrados por personas que no sólo no creen en la igualdad de sus aportaciones, sino que estructuran su relación empresarial a base de desigualdades flagrantes. Lo mismo diríamos con respecto al contenido de la libertad.

Si he insistido en unas condiciones muy poco cuantificables y he marginado expresamente las exigidas por un buen montaje económico

de la empresa cooperativa, es porque considero que la visión excesivamente economista que hasta ahora han llevado los grupos cooperativos no ha servido nada más que para encerrarles en el callejón sin salida de las preocupaciones inmediatas y en la pérdida de visión de lo que podría ser algo que en su mismo nombre habla de la superación de los mecanismos meramente económicos.

Esto no quiere decir que el montaje económico de las Cooperativas en Galicia sea perfecto; ¡ni muchísimo menos! También les falta eso. Pero aún en aquéllas en las que se da una cierta estructura empresarial bien llevada, su realidad como Cooperativas deja mucho que desear, aunque sólo las juzgásemos a la luz de los principios de Robert Owen. Pero no hemos de olvidar que en estos últimos ciento cincuenta años el cooperativismo ha avanzado y enriquecido su doctrina y experiencia casi tanto como los dos grandes sistemas en los que le ha tocado insertarse. Prescindir en estos momentos de esta riqueza acumulada es insensato, y, a no ser que lo único que busquemos sea utilizar un nombre para encubrir otras realidades, debemos empeñarnos siempre en confrontarlas con las adquisiciones que hasta el momento en el terreno teórico y práctico se han venido dando.

A modo de conclusiones leves, matizables según las distintas realidades, estoy en condiciones de afirmar:

- Apenas hay verdadero cooperativismo en Galicia.
- Excepto algunos esbozos, no existe *cooperativismo gallego*.
- El cooperativismo gallego podría cumplir, sobre todo, en el sector agrario, en la pesca y en el consumo, un papel importante como cauce y etapa de transición
 - para elevar el nivel de vida de los grupos,
 - para el desarrollo económico de la Región,
 - para la posible inversión de las remesas de emigrantes,
 - para la organización comunitaria de los núcleos de población,
 - para iniciar un proceso educativo del pueblo,
 - para buscar formas asociativas “naturales”,
 - para descubrir la participación democrática a mayores niveles.

— El mayor peligro del cooperativismo gallego son ciertas Cooperativas que están en Galicia, dirigidas por “algunos imprescindibles”.

— Es urgente iniciar un proceso intenso de formación crítica de Cooperativas nuevas. Y de mentalización de los “viejos” cooperativistas.

— Sería conveniente que, al menos un grupo, se encargara de mantener limpio el espíritu e ideología del cooperativismo. Y que no lo vendiese ni hipotecase.

Si al final de todo esto se hace una afirmación de fe en el pueblo, las cosas quedarán mejor.